

Obregón y su legado

Luis González de Alba

Todas las religiones guardan restos de sus santos y los exponen a la veneración pública: en Ávila el dedo de santa Teresa; en Moscú la momia de Lenin, en Pekín la de Mao. Pero en pocos lugares una reliquia es expuesta de manera más repulsiva que en México, donde la mano de Obregón flota en una salmuera con tripas, idéntica a la que conserva a otros fenómenos de circo, de feria o del viejo Museo del Chopo.

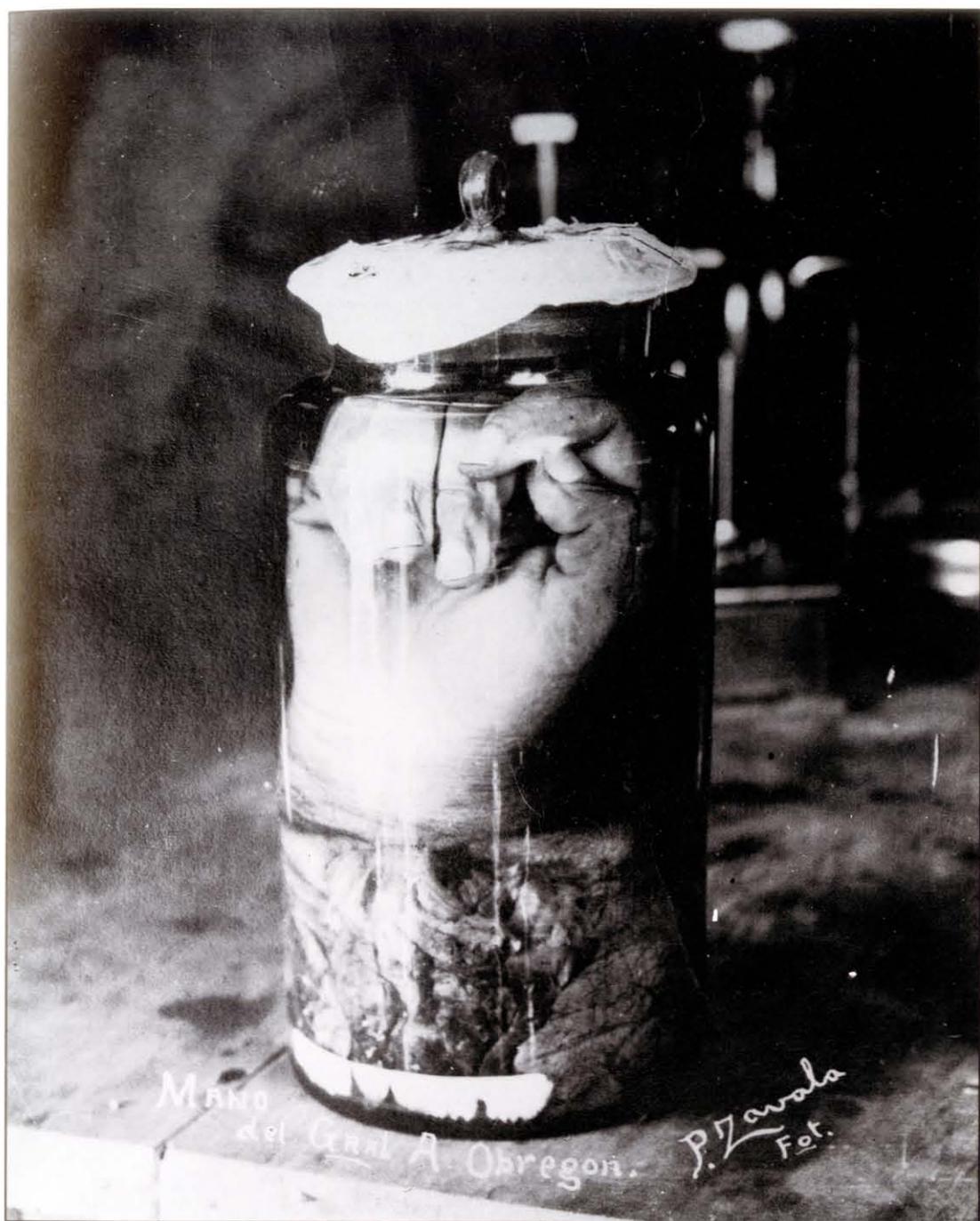
Como puede constatar, los vencedores de cualquier revolución no se constituyen en gobiernos, sino en iglesias, con sus liturgias, sus reliquias y sus recompensas. Desde Obregón, los presidentes mexicanos, gobernadores, senadores y diputados, fueron hasta hace poco dueños de vidas y haciendas. Si les había gustado una finca, una hacienda o una mujer, la recibían de forma comedida. Era la hora que ellos decían. Ante Gonzalo N. Santos o Díaz Ordaz se tenía el mismo poder de resistencia que ante Calígula.

Obregón representa uno de los peores momentos de la historia de México: el pistolón al cinto de los diputados, el asesinato de los disidentes, el silencio de la prensa. El miedo. La vulgaridad hizo pedazos nuestras ciudades, derribando bellas construcciones “pa’ que pasen los coches.” Y la prepotencia destruyó todo atisbo de democracia en el corazón mismo de los ciudadanos. Obregón y los suyos enseñaron durante ochenta años a arrebatar cuando se pierde, y polvos de aquellos lodos es la negativa de los más recientes huelguistas universitarios a reconocer el mandato de la mayoría: ni las

asambleas en contra, previas a la huelga de diez meses, ni la voz de un plebiscito intachable pudieron sacudir su convicción de ser los herederos de la historia. Obregón y su camarilla nos hicieron un daño mayor que el de gobernar mal: convencieron al pueblo mexicano de que el poder es para beneficio propio: estacionarse en lugar prohibido, pasarse los altos y gritar en todas partes. De cómo golpear a los opositores dan muestra tanto viejos del PRI, como jóvenes líderes universitarios.

Obregón y su camarilla infantilizaron al pueblo de México, le impidieron crecer. Nos redujeron los pies, como a las chinas de otros siglos, con las vendas del autoritarismo. Estamos tan perversos que los gobiernos “nuevos”, como el del PRD en la Ciudad de México, se sienten con entero derecho a disponer de las aportaciones que la población entregó para el cuerpo de bomberos, uno de los pocos islotes que el ciudadano común respeta. El gobierno perredista acepta que de diez millones colectados para equipo, dispuso de siete millones para publicidad. Y todos hemos visto esa publicidad: propaganda electoral para Cárdenas y Rosario Robles pidiendo libertad para los cuervos que crió y ahora le sacan, si no los ojos, al menos la lengua. Es natural, unos y otros son hijos de Obregón.

Los jóvenes de hoy han aprendido desde la cuna ese desprecio por la democracia que hoy exhiben sin sonrojo imponiendo su voluntad, robando, destruyendo los bienes de la Universidad. ¿Pues qué, no son para eso los “movimientos”?



F. Zavala, *Mano del general A. Obregón*, ca. 1925. Sinafo-INAH, núm. de inv. 39258

El mayor mal que nos hicieron Obregón y sucesores no fue que aún tengamos un país con mayorías miserables; no nos lo hicieron en el bolsillo, sino en el alma: somos un pueblo que no da muestras de haber aprendido a perder. Y a ganar tampoco.

Eso es lo que le debemos a los hijos de Obregón, unos en el PRI y otros ya fuera, unos volviéndose oposición, y otros pasando de ser oposición a ser gobierno, pero igualmente convencidos de que lo que hagan estará bien porque lo hacen ellos.